

JUANA CASTRO¹

**De “Romance de la pena negra”
a “Poeta en Nueva York”, de la mano
de Federico García Lorca**

La niña que mamó leche de yegua
detrás de los pezones en llaga de su madre.
La que vio los fantasmas de la noche
blancos
en su dolor de oído.
La que espantaba a las gallinas
para que no picaran de los granos.

La niña que mamó leche de burra
y de cabra
y de yegua,
leche clara de hembra, diluida
entre el pus y las lágrimas.

La niña, hoy, en Nueva York.

Y cómo ella aquí, sin libros,
sin caballo, sin alforjas.
En el piso 63 de la Quinta Avenida.

¹ Poeta española de reconocida y destacada trayectoria que ha obtenido numerosos premios y distinciones nacionales e internacionales. Véase entrevista a cargo de Ana Valverde Osan en la sección “Ida y vuelta” de este mismo número. <http://www.juanacastro.es/>

*Las piquetas de los gallos
cavan buscando la aurora.*

La niña que aprendió a leer
en el nombre prohibido.
La que puso sus pesetas en el muñón
del mutilado, por Calle de la Feria.
La que sobrevivió al uniforme
y a los coches de línea y las matanzas.

La que dibuja historias en el sol
de cada cementerio.
La que escribe en el agua
febril de las alondras.

Esta hermana de leche de la loba,
sin zapatos,
aullando en el romero
florecido
por las torres mestizas de Manhattan.

A treinta y tres años

La huérfana que anduvo, sola, con su cruz por la calle de la
[Tinaja.
La misma que fue, antes que huérfana, viuda joven de guerra.
La que enmudeció desde el año 52 hasta los 30 después de su
[muerte.
A treinta y tres años me llega tu acta de defunción, moriste otra
[vez sola
y pasados tres días certificaron tu muerte.

Tan lejos y tan cerca, María Juana, la viuda más joven,
más huérfana, más blanca, la más sola de Sevilla.
Sin vecinas ni hermanos.
Sin besos, sin reloj, sin mortaja.
En la mesa del cementerio,

con los ojos abiertos,
blanca de mármol para la autopsia.

Cada agosto, en verano, por calle Cruz de la Tinaja
blanca blanca y a solas.

La llama, la vida

El día está manchado y hace frío.
Un caballo brillante trae presagios
de miedo
entre los ojos. Se te agolpan las penas
en la piel de las gafas.
Tantas cosas.

Cosas tantas de prisas,
de amor, de golpes,
de trallazos certeros por el ancla
desnuda de tu isla.

Aprendiste a estar solo.
Aprendiste a estar solo y a mullir
las bridas de tu nombre.

Caen las gotas de arena y el reloj
las contempla. Yo te quiero.
Te quiero y no sé
cómo decirlo.
Decir cómo,
tan mal
como lo digo. Aquí estás,
aquí estoy. Otra vez
y de nuevo, tú y yo
–¿pero qué, qué hemos hecho?–
tú y yo solos.